

# EL PERFIL COMO UNA HERRAMIENTA DE INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Andrés Alexander Puerta Molina<sup>1</sup>

## RESUMEN

Este artículo se enfoca en mostrar las múltiples posibilidades investigativas que ofrece el género del perfil, más allá de su función periodística. Visualiza a esta tipología textual, gracias a su rigor y la consulta a diversas fuentes, como una herramienta que permite el desarrollo de investigaciones profundas, con todos los aspectos de validez y que, además, es accesible para los lectores, por lo tanto puede ayudar a la divulgación de la ciencia. Esas posibilidades múltiples hacen que se conecte con la comprensión como método en la idea de integración, de fronteras difusas y conjunción de saberes.

**Palabras clave:** comprensión como método, perfil, Osorio Lizarazo, investigación cualitativa, periodismo narrativo

---

<sup>1</sup> Doctor en Lenguajes y Manifestaciones Artísticas y Literarias. Investigador en las áreas de periodismo, literatura y redacción de textos, ha publicado artículos en revistas nacionales e internacionales. Universidad de Medellín. Correo electrónico: andrespuerta@udem.edu.co. Este trabajo ha sido desarrollado en el ámbito del proyecto “Fundamentos teóricos y epistemológicos de la comprensión como método”, Acta 2018-23528.

## EL PERFIL COMO UNA HERRAMIENTA DE INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Entre 1920 y 1930 se popularizó un nuevo género periodístico: los perfiles publicados en el periódico inglés *The Times* y por la revista norteamericana *The New Yorker*. El objetivo era mostrar una cara más humana de las noticias. Desde el principio, se marcó una diferencia con la entrevista, ya que los datos se obtenían consultando a varias fuentes y muchas veces ni siquiera se entrevistaba al protagonista.

El perfil requiere una construcción colectiva, por eso se detiene en muchas voces para adentrarse en un personaje. Busca retratar, con palabras, los aspectos de la vida de alguien. Hace una fotografía que, en ocasiones, puede ser en blanco y negro, de una manera sobria, clásica, y en otras presenta colores, matices, sombras; es arriesgado con las formas narrativas. Como expresó Jon Lee Anderson en el curso sobre perfiles para la Fundación Nuevo Periodismo, en Buenos Aires, Argentina: “La idea es que el lector del perfil pueda ver a la persona como una escultura de Rodin puesta en el Museo del Prado” (Anderson, 2005, p.4). Es decir, que pueda observar todos los ángulos de un personaje, que lo pueda mirar desde distintas perspectivas y pueda hacerse una idea clara de cómo llegó a ser lo que es.

El perfil es un género que requiere especial sensibilidad de quien lo escribe. Hay muchas condiciones que pueden desarrollarse en el ejercicio del periodismo, pero si la persona no está dispuesta a escuchar, a compartir mucho tiempo con el personaje, a meterse en su piel, a vivir lo que este vive, será muy difícil que se haga un perfil que transmita emociones al lector. Esa capacidad de relacionarse con la gente es compleja. Para lograr retratar a una persona, hay que tener la sensibilidad para ir más allá de lo que se ve, estar por encima de lo que dicta lo racional y dejar un espacio para los sentidos. El perfil se conecta con lo planteado por Raúl Osorio Vargas, en su libro *El reportaje como metodología del periodismo. Una polifonía de saberes* cuando recuerda que los periodistas buscan que su profesión “descubra y exprese la esencia y la poética del Humano Ser” (2017, p. xii).

Para conseguir que el personaje ofrezca detalles de su vida, quien haga un perfil debe ganarse su confianza. Como dice Jon Lee Anderson: “Los personajes necesitan confesores” (Anderson, 2005, p.6); pero además de confesores, intérpretes, narradores que tengan la posibilidad de contar sus historias, que además puedan utilizar un lenguaje y una estructura narrativa que sea un elemento de identidad para los lectores.

Hay una buena comparación para referirse al perfil, está en el *Libro de estilo* del diario *El País*, que lo asemeja la caricatura:

Como la caricatura, dibuja con pocos trazos la semblanza de una persona. El perfil es a la biografía lo que la caricatura al retrato. Y así como a veces reconocemos mejor un personaje

en caricatura que en fotografía, así también un buen perfil puede competir con una biografía (*El País*, 1998, p.49).

El perfil muestra una visión de las distintas facetas de una persona, plantea todos los elementos que constituyen su vida: sus virtudes y defectos, sus éxitos y fracasos, su cotidianidad y sus sueños. Es una exploración profunda en la personalidad. Para realizarlo hay que ser investigador, biógrafo, ensayista. Se diferencia de la entrevista en que rompe el equilibrio entre entrevistador y entrevistado, y del testimonio en que no hay un solo protagonista. En el caso del perfil, es el perfilador quien lleva la carga de la narración, pero, además, se vale de una polifonía de saberes, de múltiples fuentes que le permiten componer esa sinfonía en la que debe convertirse este género. En este aspecto también se relaciona directamente con el reportaje:

La búsqueda por la comprensión humana es la energía que lo aviva, es productor de sentidos y de conocimientos, ya que sus transformaciones desde una perspectiva histórica muestran las variadas tendencias que se conjugan en el periodismo contemporáneo, el cual, como generador simbólico, enfrenta con seriedad y consistencia de investigación las problemáticas del mundo (Osorio, 2017, p. 15).

Estos detalles demuestran que el periodismo narrativo, en general, es una forma de memoria, una manera en que los hombres han conservado una huella de su paso por la tierra, el periodismo se convierte en un transmisor de conocimiento (Puerta, 2011).

Todas estas características lo hacen susceptible de ser usado no solamente en el periodismo y ofrece múltiples posibilidades a la investigación científica, ya que permite la consecución de información de primera mano y, mediante su estructura literaria, puede facilitar la divulgación de resultados sin perder el rigor científico, como intentaremos demostrar en este texto, que parte de un caso puntual, un perfil que el autor realizó para una investigación sobre el escritor y periodista colombiano José Antonio Osorio Lizarazo, sobre el que pesa un extendido e injusto olvido.

En las antologías sobre crónica, entrevista y reportaje y los estudios que se han hecho sobre los reporteros colombianos, apenas se le menciona. En las historias de la literatura colombiana tampoco ha habido una recepción consecuente con la prolijidad e importancia de su obra.

El texto que se presentará de una entrevista en profundidad con la viuda y la hija de José Antonio Osorio Lizarazo, que condujo a la escritura de un perfil y se convirtió en una valiosa herramienta investigativa, uno de los recursos que brindó más información sobre el escritor analizado y que da pie para la escritura de este artículo, en el que se plantea al perfil periodístico como una inestimable posibilidad de investigación, más allá del periodismo, y se convierte en una herramienta válida, ya que permite la comprensión como método para afrontar

la indagación acerca de un personaje, y la divulgación de los resultados de una manera más accesible y cercana para el lector, lejos del acartonamiento y la ampulosidad que muchas veces tienen los tecnicismos científicos.

### **Nostalgia: un remedio para el olvido**

Aunque nunca vivió en la casa que está a cinco cuadras de la estación calle 72 del Transmilenio, en Bogotá, Osorio Lizarazo la habita. En las paredes está viva su presencia, en los rincones quedan los recuerdos, en los ojos de su esposa está presente el amor. En las manos, los gestos y gustos de su hija continúa vivo. En la sala hay varias fotos con su esposa. Fotos en República Dominicana, cuando el vigor aún lo acompañaba; en Colombia, cuando las fuerzas lo abandonaban, pero todavía la miraba como su gran amor, la que le entregó todo lo que necesitaba. Eri de Osorio asegura que fue la mujer de su vida, y él fue el hombre en la de ella. Tanto que el día que la llamé para entrevistarla se refirió a él como su esposo, como si no hubieran pasado 45 años desde que quedó viuda. Todavía llora su ausencia. Se conocieron en el Ministerio del Trabajo y aunque ella tenía 18 años y él 45, se enamoraron.

Fue amor a primera vista. Se gustaron, al principio ella no entendía y le preguntaba “¿Por qué tú, un hombre que ya había vivido su vida? ¿Por qué te gustó una chica de tan poca experiencia? Él me decía que ya estaba cansado de la persecución de las mujeres maduras. A él lo perseguían mucho. Era muy simpático, muy agradable, quedaba uno, ¡Ave María...!”. Cuando pronuncia esta frase, sus ojos se ponen pequeños, mira a un punto distante como si quisiera recuperar esos recuerdos. Ha pasado mucho tiempo, pero aún están vivos.

“Él ya había vivido una vida, pero fue feliz conmigo, me supo brindar todos los cariños posibles”. Doña Eri perdió a su padre cuando era una niña y José Antonio fue su papá en ocasiones, pero también su compañero en las caminatas por el campo, en los viajes; su amigo y cómplice en todos los momentos de su vida.

Esta conversación nació de la idea de conocer a un Osorio Lizarazo más cercano, más íntimo, y tuvo la fortuna de que, además de incluir a la esposa, contó con el recuerdo de su hija, María Cristina Osorio, quien vive fuera del país, pero estaba visitando a su madre.

María Cristina siente que la relación con su padre fue muy buena. “Siempre me trató como a una persona mayor. Manteníamos conversaciones profundas, tenía unos ocho años cuando me explicó la Teoría de la Evolución. Él me leía sus cuentos. Hay un libro que se llama *Los hermanos menores*, que son historias de animales que reflejan el comportamiento humano. Recuerdo muy bien que tenía cinco o seis años y yo me ponía a llorar porque era muy negativo en su manera de mirar la vida, ponía a sufrir a todos sus personajes, incluyendo a los animales.

Era una persona muy pesimista. Recuerdo que sufrí mucho con el cuento de una araña que tejía su telaraña con mucho esfuerzo para poder sobrevivir, y llega la dueña de la casa y de un manotazo la mata”.

La relación fue muy cercana. Él la quiso entrañablemente, dice su mamá. María Cristina recuerda que los domingos comían huevos. Su papá le pelaba los huevos completitos, cuidaba de no dejar una sola cascarita. Ese era su regalo.

José Antonio está presente en los gustos de su hija porque se los heredó. Él adoraba el cine; ella, hoy, es cinéfila. La llevaba a ver películas. En esa época había cines continuos, se metían todo el día a verlas. Muchas veces ella no entendía nada.

Cuando María Cristina estaba pequeña, su padre le contó la historia de su vida. Lo que más le impactó fue cómo se escapó de la casa, la vida en las minas, en los cafetales, el peligro. Era como el narrador de una versión moderna de *Las mil y una noches*, paraba la historia en el momento más impactante y le decía que siguieran al otro día. Osorio Lizarazo trabajó en las minas de carbón de Caldas y después en la zona cafetera del Quindío. De esa experiencia nacieron novelas y ensayos como: *La cosecha*, *Biografía del café* y *El hombre bajo la tierra*.

La muerte de Osorio Lizarazo la afectó muchísimo, no se sentía a gusto en Colombia, aprovechó que tenía una amiga de la infancia que vivía en Alemania, con la que mantenía una amistad por correspondencia. Cuando terminó bachillerato empezó a estudiar Filosofía y letras en la Universidad de La Salle y quedó de visitarla. Sintió que llevaba en la sangre el espíritu viajero de su padre, que había viajado tanto. Se fue a Berlín y se quedó siete años. Hizo cursos de historia del arte y de filosofía. Cuando se iba a devolver, conoció al que sería su esposo y se fueron a Venezuela. Como hablaba alemán, consiguió trabajo en Lufthansa.

La sala huele a café y galletas de avena, la merienda de esta tarde. Las manos de María Cristina, las mismas de su padre según doña Eri, se mueven con firmeza, se sienta con las piernas cruzadas, se inclina hacia un lado y se acaricia el cabello. Tiene unas gafas grandes, que le llegan hasta la parte superior del pómulo. Se parecen a aquellas que tiene en otra foto que vigila la sala de la casa, una foto en la que está con su papá, rigurosamente vestido con saco y corbata, que sonríe. En la foto, su mamá tiene un abrigo de piel “como el de las señoras elegantes de Argentina”. Con ese abrigo, con esa pose de perfil, esa mirada coqueta y el cabello bien arreglado parece una actriz de cine. Tan joven, tan bonita, el orgullo de su esposo enamorado.

Osorio Lizarazo también habita en el rincón donde está el bastón que sirvió de soporte a “aquel cojo colombiano”, que menciona Mario Vargas Llosa en su libro *La fiesta del chivo*. El mismo que ahora utiliza su esposa para desplazarse mejor. El bastón es café claro, barnizado, con irregularidades en su mango. José Antonio

Osorio Lizarazo tuvo problemas de movilidad desde que sufrió un accidente en Argentina. Una noche, después de tomarse unos tragos, se cayó por una losa que faltaba de un puente en construcción. Estuvo hospitalizado dos meses, enyesado desde el pecho hasta los pies. Tener el bastón en las manos, poder tocarlo, era sentir presente un pedacito de Osorio Lizarazo. Tan presente como la tarde en la que tuve acceso a los manuscritos del autor bogotano, con su caligrafía y su método. El día en que los vi en la Biblioteca Nacional de Colombia me extrañó ver un montón de hojitas pegadas sobre otras hojas, fragmentos y párrafos enteros reemplazados por otros. Su hija se ríe y dice que su papá aplicaba una precaria versión del copiar y pegar que ofrecen ahora los computadores.

El copiar y pegar era solo una parte de su método. Su esposa cuenta que se sentaba en su escritorio. Tomaba café y fumaba paquetes enteros de cigarrillos. Se enfrentaba a su máquina de escribir solo con dos dedos. Miraba las teclas y las golpeaba con los índices. Así escribía el primer capítulo, se lo entregaba a su esposa, su secretaria, que lo pasaba en limpio, mientras él escribía el segundo, y así sucesivamente.

“Él era un hombre cariñoso, tranquilo, dedicado a sus libros. No tenía un momento en que no estuviera pensando en qué iba a escribir, en la lectura. Leía mucho, en la noche. Al medio día hacía la siesta con música clásica. Era muy sensible, se sentaba a corregir los libros y empezaba a llorar, se emocionaba con sus personajes”. Lloraba su tragedia, como si él no la hubiera escrito.

En ocasiones, doña Eri cometía un error con la máquina, la regañaba. Ella se enojaba, le decía “ahí le dejo su máquina”. Al rato él la llamaba “Erita ven, perdóname, yo no te quise gritar. Ven, sigamos escribiendo”.

“Con él gocé mucho, nos llevamos muy bien. Éramos el uno para el otro. Hace 45 años se murió, y yo todavía lo recuerdo. Me quedó la gran satisfacción de que fui la mujer que le dio lo que él necesitaba en sus últimos años. Ninguna le dio lo que yo le di. Yo fui la mujer que lo acompañó hasta el último momento. Él tenía una ternura y una adoración conmigo maravillosas. Cómo no lo voy a recordar. Por eso era que yo veía que nadie lo había comprendido, que lo habían explotado tremendamente”.

Doña Eri era la primera lectora de sus textos y se atrevía a pedirle favores para los personajes, pero Osorio Lizarazo tenía toda la novela en su cabeza, y asumía con claridad el compromiso con un tipo de literatura que no admitía desafíos a la realidad. Cuando escribía *El día del odio*, ella le pedía, al conocer el sufrimiento de Tránsito (una mujer llegada del campo a la ciudad, que es acusada injustamente de robo, violada y solo quiere regresar a su casa), que por favor la dejara volver donde sus padres, que le permitiera encontrarse un monedero en la calle para que pudiera comprar el pasaje de regreso. Su respuesta fue tajante: “No puedo, a los pobres no les pasan esas cosas”.

De fondo suena desde música clásica hasta los Beatles. En este momento se escucha *Samba pa' ti*, de Carlos Santana. María Cristina parece seguir el ritmo de la canción para hablar, aún queda en su voz un dejo de acento argentino. Ese acento es una herencia de su paso por el sur. Ella nació en Colombia, pero se fue cuando tenía un año, regresó cuando tenía 14 y se volvió a ir cuando tenía 18.

El primer viaje lo hizo Osorio Lizarazo a República Dominicana. Su esposa afirma que “el embajador de Dominicana invitó a escritores y periodistas que quisieran ir a conocer la isla. Nadie quiso ir, porque todos tenían puestos diplomáticos. El único que no le debía nada a nadie era José Antonio y nos fuimos. Estuvimos un mes en el que nos proporcionaron todo: carro particular, con su chofer. De pueblo en pueblo nos iban recibiendo”, expresa doña Eri.

Después de este viaje, Osorio Lizarazo publicó un libro que se llama *La Isla iluminada*. Con lo que le pagaron se fueron de Colombia. “Se fue muy dolido con mucha gente, empezando con Gaitán, quien le pagó muy mal, dijo que no volvería nunca”, dice su esposa.

En algún momento de su vida, José Antonio fue seguidor del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, incluso fue director del diario oficial gaitanista. Según su esposa, como varios políticos colombianos, Gaitán le prometió mucho a Osorio Lizarazo y nunca le cumplió. Su novela más conocida, *El día del odio*, tiene de fondo el caos que se vivió en Bogotá el día en que asesinaron a Gaitán.

Decepcionados, decidieron marcharse del país. Inicialmente se fueron a Argentina para un festival de artistas y periodistas, allá conoció a Juan Domingo Perón y comenzó a trabajar con él. A los pocos días ya tenía una oficina en la Casa Rosada. Según María Cristina, hubo algo más que el reconocimiento o el dinero para tomar la decisión de trabajar con dictadores. Tal vez hubo una convicción, la credibilidad en un proyecto político en el que, en principio, la gente pobre tenía acceso a la educación, a la salud y a la vivienda gratis.

En Argentina vivían en una casa que a ella le parecía enorme. Aunque la compartían con otra familia. Muchos años después regresó, la vio fea, pequeña. Allí se encontró con la cama en la que dormía y un estante lleno de libros que tenían el sello de “libros sin valor comercial”, la única forma en la que podían entrar libros a Argentina en bibliotecas particulares. Esos libros eran los de su padre, tenían su caligrafía, quiso tomarlos, pero sintió que le pertenecían al dueño de la casa. De esa época, María Cristina también recuerda que hacían fiestas con las familias colombianas, con música, natilla y buñuelos.

Después se fueron para Chile, tenían una pequeña imprenta y María Cristina recuerda que todas las tardes le pedía dinero a su papá para comprar pastel de manzana.

Luego se fueron para República Dominicana. Osorio Lizarazo fue director del diario *El Caribe*, periódico oficialista. Todas las tardes se reunía con Rafael Leónidas Trujillo para que él le diera el visto bueno al diario. Fue una época en la que tuvo mucho reconocimiento. En total fueron 13 años en los que Osorio Lizarazo trabajó con Trujillo, durante los cuales, aparte de dirigir el periódico, escribió la biografía apologética *Así es Trujillo*. Se calcula que la dictadura de Trujillo fue responsable de la muerte de más de 50 mil personas.

En Dominicana, recuerdan Eri y María Cristina, todo era muy limpio, las cosas eran baratas. Hace poco vieron la película *La fiesta del Chivo*, inspirada en libro de Mario Vargas Llosa, y se dispararon sus recuerdos. En ella hablaban de los nombres de las calles que caminaron, las esquinas, el paseo de todas las tardes de Trujillo por el malecón.

“En ese momento la ciudad se cerraba, no se podía manejar por donde él caminaba. Todos los días iba a saludar a su mamá y al final del paseo un carro lo estaba esperando. Cuando a Trujillo le gustaba una mujer, tenía que estar con él si no perseguía a la familia. Los que podían tenían que salir de la isla”, recuerda doña Eri. Al final, Trujillo también los persiguió a ellos y casi no pueden irse del país, se fueron de forma clandestina. Catorce años pasaron fuera de Colombia, un lugar al que Osorio Lizarazo dijo que nunca volvería, pero al que cuando estaba muy enfermo decidió regresar.

Al volver tampoco encontraron mucha acogida. La crítica en Colombia no se ha ocupado del trabajo de Osorio Lizarazo, a pesar de que publicó en los principales periódicos de la época, entre ellos en el periódico *Mundo al Día*, un diario que evadió las urgencias de la actualidad; que se preocupó por la historia, por la literatura y por el periodismo bien hecho.

“En Colombia lo atacaron mucho por haber trabajado con Perón y con Trujillo”, recuerda doña Eri, pero él les decía que ahora tenían un carro y un techo propios, lo que no habían tenido antes. Pero no estaba tranquilo, dice María Cristina, le dolían los comentarios y la falta de reconocimiento. Por eso fue tan feliz cuando en 1963 le dieron el premio Esso, uno de los más importantes de Colombia, por su novela *El camino en la sombra*.

“Fue un acto muy bonito, el premio lo entregó el presidente Guillermo Valencia. José Antonio, a pesar de estar muy enfermo, estaba muy contento”. La mirada y la sonrisa que tiene en las fotos que registran la entrega del premio corroboran lo que dice doña Eri. Desafortunadamente, el libro lo publicaron en España. Él no lo alcanzó a ver. En esa época prohibieron la entrada de libros a Colombia. El libro estuvo detenido mucho tiempo en un puerto. José Antonio murió el 12 de octubre de 1964.

Como fondo de la conversación también está presente el ruido permanente de la máquina de oxígeno que debe utilizar doña Eri. Le digo que si quiere paramos, como



habíamos convenido. Iba a ser una conversación corta, pero ella me dice que no, que está tranquila, que podemos continuar. De vez en cuando un pito agudo proveniente de la máquina nos interrumpe unos segundos, pero no impide que sigamos conversando. Las manos de doña Eri, con las manchas de los años, tiemblan.

María Cristina se pone más reflexiva y me dice que le gustaría preguntarle muchas cosas a su padre. Preguntarle el porqué trabajó con Perón y con Trujillo. Ella está segura de que hubo razones que van más allá del dinero y el reconocimiento. También quisiera preguntarle el porqué del cambio en una de sus convicciones más fuertes. Osorio Lizarazo se consideraba ateo. Vivió los abusos de los curas, no creía en ellos. Siempre respetó las ideas de los otros y por eso, aunque en la casa mostraba su posición, la metió a estudiar en colegios religiosos “para que conociera las dos posiciones”, para que ella fuera la que decidiera. Cuando estaba cerca de su muerte, se quiso confesar con el padre Jaramillo, su profesor, su amigo. María Cristina tampoco entendió por qué decidió comulgar en sus últimos días, y no lo entiende porque está segura de que no fue por miedo. “Él se murió muy tranquilo”. Y tampoco entiende por qué esa tarde miró fijamente al frente de su cama, ya no podía hablar ni moverse, señaló hacia la pared y pidió que le entregaran un Cristo que estaba colgado, lo aferró entre sus manos, y un hombre que nunca fue religioso se murió confesado, recién comulgado y abrazando un pequeño Cristo de madera.

## Conclusiones

Este perfil fue una herramienta fundamental en la investigación acerca de José Antonio Osorio Lizarazo. Permitió conocer otras caras del autor bogotano, aproximarse a su método, a detalles muy cercanos de su personalidad; pero también posibilitó descartar premisas simplistas como que el autor no había sido estudiado por su relación con dictadores. Se pudo concluir que no ha tenido un estudio serio porque su estética no cabía dentro de lo que dictaban las indicaciones de la denominada República Conservadora, que tenía una nostalgia por lo español, una relación estrecha con la religión y con el poder, por lo que no le interesaba la denuncia social y el darle voz a quienes no la han tenido. Además, porque hubo, y hay, una miopía de los críticos que no permitió ver las virtudes de una estética diferente a la que dominaba en la época. En este caso, el perfil se convirtió en una forma de profundización investigativa, en una manera de acercar la divulgación de resultados a más personas. Por eso podemos afirmar que el perfil ofrece múltiples posibilidades como herramienta de investigación cualitativa.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anderson, J. (2005). *Taller de perfiles para la FNPI*. Buenos Aires, Argentina.

Ayala, F. (1984). *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar.

- Curcio Altamar, A. (1975). *Evolución de la Novela en Colombia*. 2.<sup>a</sup>. Ed. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Biblioteca Básica Colombiana.
- Charry, F. y otros. (1988). *Manual de Literatura Colombiana*, Planeta Colombiana Editorial S.A.
- Donado, D. (2003). *Crónica anacrónica. Un estudio sobre el surgimiento, auge y decadencia de la crónica periodística en Colombia*. Bogotá: Editorial Panamericana.
- El País. (1988). *Libro de estilo*. Madrid: Aguilar.
- Gómez, A. *Historia de la literatura colombiana*. (4.<sup>a</sup> ed.). Bogotá: Ediciones de la Revista Bolívar. Biblioteca de autores colombianos. Ministerio de Educación Nacional, 4 vols. 1956-1957
- Gutiérrez, R. (1982). *La literatura colombiana en el siglo XX*. En: *Manual de Historia de Colombia*. Tomo III. Bogotá: Procultura S.A. Instituto Colombiano de Cultura.
- Jaramillo, M. y otras. (2000). *Literatura y cultura Narrativa colombiana del siglo XX*, SI: Ministerio de Cultura.
- Mutis, S. (1978). *Novelas y crónicas J.A. Osorio Lizarazo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Osorio, J.A. (1935). *La Cosecha. Manizales*: Casa editorial y talleres Arturo Zapata.
- Osorio, J.A. (1947). *El hombre bajo la tierra*. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia.
- Osorio, J.A. (1945). *Biografía del café*. Bogotá: Talleres gráficos Mundo al Día.
- Osorio, J.A. (1953). *La isla Iluminada*. República Dominicana: Editorial Trujillo.
- Osorio, J.A. (1958). *Así es Trujillo*. Buenos Aires.
- Osorio, J.A. (1965). *El camino de la sombra*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Osorio, J.A. (1979). *El día del odio*. Buenos Aires: Ediciones López Negri.
- Osorio, R. (2017). *El reportaje como metodología del periodismo. Una polifonía de saberes*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

- Pineda, Á. (1999). *La fábula y el desastre. Estudios críticos sobre la novela colombiana. 1650-1931*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit.
- Puerta, A. (2009). *Una voz de los olvidados. Análisis del periodismo narrativo de José Antonio Osorio Lizarazo*. Revista Anagramas. Volumen 7. Número 14: 63-80.
- Puerta, A. (2011). *El periodismo narrativo o una manera de dejar huella de una sociedad en una época*. Revista Anagramas. Volumen 9. Número 18 (2011): 47-60.
- Rotker, S. (2005). *La invención de la crónica*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Samper, D. (2001). *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá: Aguilar.
- Samper, D. (2002). *Antología de grandes entrevistas colombianas*. Bogotá: Aguilar.
- Samper, D. (2003). *Antología de grandes crónicas colombianas: 1529 - 1948: v1*. Bogotá: Aguilar.
- Samper, D. (2004). *Antología de grandes crónicas colombianas. Tomo II 1949 - 2004*. Bogotá: Aguilar.
- Vallejo, M. (1997). *La Crónica en Colombia. Medio siglo de oro*. Bogotá: Biblioteca familiar Presidencia de la República.
- Vallejo, M. (2006). *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Planeta.